
Beatriz Gimeno

En memoria de Adrienne Rich

Beatriz Gimeno es escritora, miembro del consejo editorial de *Trasversales*, ex presidenta de la FELGTB.

<http://beatrizgimeno.es>

Cuando pensé en cómo enfocar esta charla desde el principio quise hacerlo desde lo personal, hablar de lo que ha significado la vida y la obra de AR en mi vida. Hablar desde esta perspectiva en un homenaje a AR tiene mucho sentido porque esa fusión entre vida y obra, la importancia de “lo personal”, es precisamente, una de las características de su obra. Ella radicalizó al máximo el eslogan feminista de que lo personal es político y eso a pesar de que ella matizaba mucho esta cuestión. Lo personal no es la anécdota personal, no es lo banal ni lo puramente individual; no es exhibicionismo emocional. Lo personal es político- y es el sentido que le da AR- si es experiencia que sirve para interpelar a lo social, si sirve para el cambio, si se expresa con el lenguaje de las oprimidas, si ayuda a levantarse de esa opresión, y no tiene tampoco por qué entenderse de manera literal, sino que lo personal puede también expresarse mediante imágenes, metáforas, mitologías, símbolos... Lo personal tiene que ver entonces con una mirada autoconsciente, con la visibilización del compromiso político en la propia obra.

En ese sentido, la obra de AR es una permanente batalla por contestar preguntas que mucha gente que escribimos desde lo personal como materia prima de la escritura nos hacemos todo el tiempo: ¿Sirve lo que hacemos desde lo personal para cambiar las cosas? ¿Cómo se relaciona lo personal con lo político? ¿Qué utilidad tienen las voces individuales? En definitiva AR dice que siempre hay que preguntarse: lo personal... ¿para qué? Responder a esas preguntas es parte de la obra de AR. Su vida y su obra fueron siempre de la mano, se apoyaron la una en la otra; ella se cambió a sí misma y, al hacerlo, abrió posibilidades de cambio para muchas.

A mí me resulta especialmente interesante el tema de la transgresión, que tampoco debe confundirse con exhibicionismo, ni voluntad de escandalizar sin más. Este asunto nos introduce en la eterna discusión sobre si la transgresión pública es útil, tanto lo que se escribe, como lo que se hace, se vive y se cuenta. En AR hay una voluntad de transformar la transgresión en conocimiento, en verdad. El tema de la transgresión puede enlazarse también con la cuestión, tantas veces tratada por mí misma, sobre si salir del armario, sobre si hacer públicas determinadas experiencias personales, si hay que escribir o no sobre algunas cuestiones, por ejemplo sexuales, etc. Cuando AR se refiere a la posibilidad de transformación que ofrece la transgresión, se refiere a su contrapartida necesaria: el silencio. Para ella es muy evidente que el silencio es un instrumento de opresión; por ejemplo, el silencio sobre las condiciones de vida de las mujeres, o sobre las lesbianas; el silencio es lo que permite crear las mentiras que se fabulan y se construyen sobre nosotras. En ese sentido él es casi siempre cómplice de un determinado orden, casi siempre injusto, y que produce sufrimiento; por tanto, desvelar esas mentiras a partir de lo que sabemos de nosotras mismas no es sólo un asunto personal, es profundamente político, es la búsqueda de la verdad.

La obra de AR es, en cierto sentido, un permanente autoanálisis existencial que es el fundamento de ese mostrar lo personal, un autoanálisis en que se cuestiona todo y que le lleva a "*Levantarse, marcharse, cambiar de vida, metafóricamente y realmente, yo misma*". Su objetivo es entender el autoc conocimiento como una fuente de poder. Su conciencia crítica se extiende de manera clara, explícita, desde su carne, desde su vida, a su escritura y lo hace cambiando, llevando a sus últimas consecuencias la fusión entre experiencia personal y obra y conciencia y reivindicando esa tradición femenina de escribir desde la experiencia. El uso de la propia experiencia como mate-

rial de escritura es algo muy femenino, ya lo sabemos, en un sentido histórico y social, porque la experiencia es lo que las mujeres tenemos para explicar el mundo, nuestra experiencia unida a todas las experiencias, la experiencia contada, analizada, pensada.

Audre Lorde dijo: *No se puede destruir la casa del amo con las herramientas del amo*, y las mujeres no tenemos más que las herramientas del amo, el lenguaje, el conocimiento, lo simbólico, la historia... son masculinas, nos queda nuestra experiencia y nuestra capacidad para buscar y encontrar otro lenguaje, que es lo que busca siempre AR en su poesía. Y nos queda también el cuerpo como lo irreductiblemente nuestro. AR escribe: "*la voluntad de cambiar comienza en el cuerpo, no en la mente. Mi política está en mi cuerpo*".

Los dos textos, conocidísimos, que en parte me ayudaron a cambiar mi propia vida son el artículo "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana" y "Nacemos de Mujer". En un momento dado yo me vi inmersa en una situación similar a la que vivió AR: atrapada en la heterosexualidad, no como práctica sexual, sino como institución política, así como también en la maternidad. Me encontré en el centro de las mismas tensiones que ella describe y, desde ahí, me resultó muy sencillo identificarme con su experiencia. Mi inserción en un matrimonio heterosexual, con todo lo que conlleva, ponía en tensión mi necesidad de escribir por una parte y el rol femenino; las expectativas como mujer y madre que se echaron sobre mí y mi propio yo por el otro lado. Las fronteras entre estas dos orillas me tensionaban insoportablemente. Desarrollé entonces resistencias agotadoras y, poco a poco, fui sintiendo la necesidad de salirme fuera de todo ello, de las normas, de las expectativas que no eran las mismas... Sobre todas las cosas tenía la sensación de que en ningún momento había elegido aquella vida: ni la heterosexualidad exclusiva, ni el adosado, ni la vida de espo-

sa, ni ninguna obligación relacionada con mi sexo o mi género, ni una maternidad clásica, ni la fidelidad sexual... Hay un poema en el que ella dice: “*Una vida que no elegí / me eligió a mí*” Sentí que ese verso resumía mi propia vida.

No es que estos textos a los que hago referencia tuvieran poderes mágicos, es que al leerlos, comprenderlos, pensarlos, al querer saber más sobre mí y más sobre el mundo... Todo eso me abrió ventanas a otro conocimiento, a otra verdad, a un mejor autoconocimiento, me llevó a una búsqueda que sí fue importante en mi proceso de cambio. Su poesía y esos dos ensayos me ayudaron a darme cuenta de que todo lo que me pasaba era algo que tenía que ver con la heterosexualidad obligatoria como institución política y lo mismo puedo decir de la maternidad y sus aun más enormes exigencias y ambigüedades. Estos textos me ayudaron a entender las fuerzas sociales que construyen ambas instituciones, que las naturalizan, y al comprenderlo entender también que existe la posibilidad de cambiar de lugar. Así pude darme cuenta en definitiva de que mis emociones tenían un origen social, que podían ser comunes a otras mujeres y que, de hecho, han sido comunes a la mayoría de las mujeres a lo largo de la historia. Así vi la posibilidad de hacer de las heridas producidas una fuente de poder para el cambio, así como la posibilidad de vivir el lesbianismo como una desobediencia a la ley patriarcal y como una posibilidad también de provocar un cambio personal y social.

Lo que AR hace es desnaturalizar de manera radical la heterosexualidad y aun más la maternidad. Su denuncia hace referencia a la maternidad como institución política patriarcal que pretende mantener a las mujeres bajo control y que funciona extendiendo estereotipos que la presentan como un hecho unívoco, como si ser madre fuera algo siempre igual, en lugar de pensar más bien que hay tantas maneras de ser madre como mujeres. Y siempre, además, teniendo

en cuenta que la maternidad es una experiencia compleja que genera sentimientos encontrados y opuestos, como todas las demás relaciones humanas. Ella habla claramente de los sentimientos ambivalentes que genera la maternidad, los sentimientos de frustración, cansancio, auto odio, fatiga del niño... Se atrevió incluso a incluir en su libro un capítulo sobre la violencia maternal que fue muy criticado por otras feministas, pero que a mí me parece fundamental y que deberíamos tener en cuenta frente a esa otra también mística de las bondades femeninas. Su frase “*La opresión no es la madre de la virtud*” es muy clarificadora. Este libro no sólo me ayudó a ver mi propia experiencia como madre desde otro lugar, sino que fue el detonante de muchas preguntas nuevas que tuvieron que ver con mi militancia feminista de entonces que era quizá teórica y que, a partir de ese momento, se encarnó.

El pensamiento y la obra de Rich están plenamente vigentes. Su reivindicación del arte en general, de la poesía en particular, es muy contemporánea ahora que vivimos en un momento en el que se está cuestionando todo aprendizaje que no obtenga réditos inmediatos en términos monetaristas. Ella entiende el arte como un derecho, como el medio más poderoso para acceder a nuestra propia experiencia y vida imaginativa y a la de otras gentes. El poder del arte para romper la desesperanza, en estos momentos tan desesperanzados, adquiere todo su sentido: “*el arte es crucial para la visión democrática. Un gobierno que se aleja más y más de la búsqueda de la democracia, verá cada vez menos “utilidad” en alentar a los artistas, considerará el arte algo inútil, un engaño, desde luego algo peligroso (...) No hay una simple fórmula que relacione el arte con la justicia. Pero sé que el arte -en mi caso el arte de la poesía- no significa nada si simplemente decora la mesa para la cena del poder que lo mantiene rehén. No creo que podamos separar el arte de la dignidad y esperanza humanas en general*”.

Finalmente quiero acabar con una cuestión muy personal. Ahora que acabo de cumplir 50 años me he enamorado y estoy viviendo un amor que creo que va a ser de largo

aliento. Esta situación personal hace que lea este poema, uno de mis preferidos, de manera muy diferente a como lo leía hace años.

Porque ya no somos jóvenes, las semanas han de bastar
por los años sin conocernos. Sólo esa extraña curva
del tiempo me dice que ya no somos jóvenes.
¿Caminé yo acaso por las calles en la madrugada, a los veinte,
con la piernas temblándome y los brazos en éxtasis más pleno?
¿Acaso me asomé por alguna ventana buscando la ciudad
atenta al futuro, como ahora aquí, esperando tu llamada?
Con el mismo ritmo tú te aproximaste a mí.
Son eternos tus ojos, verde destello
de hierba salvaje refrescada por la vertiente.
Sí. A los veinte creíamos ser eternas.
A los cuarenta y cinco deseo conocer incluso nuestros límites.
Te acaricio ahora, y sé que no nacimos mañana,
y que de algún modo tú y yo nos ayudaremos a vivir,
y en algún lugar nos ayudaremos tú y yo a morir.

17 de mayo de 2012